

su investigación apetitosa. Cuando la mujer, con encarnizados esfuerzos había conducido al hombre hasta la cancela, y todos los compañeros iban á precipitarse en el portal, Celestino Duclós, muy práctico en estos asuntos, gritaba:

—No entréis ahí, Márgan, que no es esta la casa.

El hombre, obediente á la voz de Celestino, con una sacudida se desligaba de la moza, y todos continuaban su camino mientras ella, exasperándose, les injuriaba con palabras inmundas, y otras mujeres asomándose á las puertas y saliéndoles al encuentro les atraían con roncas y confusas promesas.

Ellos avanzaban cada vez más inflamados entre las zalamerías y la seducción de los goceos ofrecidos por el coro de las porteras de amor que les iban saliendo al paso y las maldiciones innobles lanzadas
contra

contra ellos á su espalda por el coro de las despreciadas. De cuando en cuando, se cruzaban con un grupo de soldados, con otros marineros, con algunos burgueses, empleados ó comerciantes. Ofrecíanse á su paso nuevas calles alumbradas con los faroles sospechosos, y la tripulación del bergantín avanzaba en aquel sucio laberinto, sobre un suelo grasiento, entre paredes abarrotadas de carne de mujer.

Al fin, Celestino Duclós, deteniéndose ante una casa de buen aspecto, hizo entrar á sus amigos.

II

¡La fiesta fué completa! Durante cuatro horas, los diez marineros se hartaron de amor y de vino, gastando la paga de seis meses.

Habíanse

Habíanse instalado con desahogo como los únicos dueños de la sala, mirando despreciativamente á los parroquianos que se acomodaban en los rincones, á donde algunas de las mozas disponibles, vestidas con su camisón muy escotado ó con una falda muy corta, les acompañaban y servían.

Cada marinero había escogido al llegar su compañera, conservándola toda la noche, porque la gente del pueblo no es aficionada en estos casos á las variaciones. Se habían unido tres mesas; y después de la primera ronda, reforzada la procesión que se aumentó con diez mujeres, lanzóse á la escalera que conducía á las alcobas por donde desfilaron las amorosas parejas.

Volvieron á bajar y á beber; volvieron á subir y á diseminarse, para reunirse por tercera vez y seguir bebiendo.

Casi borrachos ya, con los ojos enrojecidos

cidos y teniendo á las mozas sentadas en las rodillas, cantaban ó gritaban golpeando sobre la mesa; y bebían dejando en libertad la bestia humana. Entre todos, Celestino Duélós, oprimiendo entre sus brazos una robusta muchacha muy colcradota, la miraba con ardor.

Menos borracho que los demás, y no porque hubiese bebido menos, pensaba en otras cosas y sintiendo íntima ternura prefería comunicarse y hablar. Pero sus ideas borrábanse, desaparecían, volviendo á ofrecerse y á borrarse sin que le precisaran su deseo.

Riendo, repetía:

—Vaya, vaya... ¿Cuánto tiempo hace que vives aquí?

—Seis meses—respondió la moza.

Celestino, procurando mostrarse amable con ella, insistía:

—¿Y te gusta este oficio?

Ella

Ella dudó y luego dijo resignada:

—Todo es cuestión de acostumbrarse; tan malo es éste, como los otros.

Celestino aprobaba con un gesto estas afirmaciones, y seguía preguntando:

—¿Tú no eres de aquí?

Sin hablar, ella dijo que no con la cabeza.

—¿Eres de muy lejos?

Ella dijo que sí en la misma forma.

—¿De dónde eres?

Ella siguió callada, como si recordase algo; luego murmuró:

—De Perpignán.

Y á su vez empezó á preguntarle:

— Y tú, eres marinero?

— Sí, preciosa.

—¿Vienes de muy lejos?

—De muy lejos. He visto muchos puertos y muchas tierras.

—¿Has dado la vuelta al mundo?

—Puedes

—Puedes creerlo; más bien dos veces que una. De nuevo ella calló como si buscara en su memoria un recuerdo confuso. Después, cambiando de tono, seria y dulce, prosiguió:

—¿Has encontrado muchas embarcaciones en tus viajes?

— Ya lo creo, preciosa; muchas.

— Viste, por casualidad, un bergantín que se llama *Nuestra Señora de los Vientos*?

Celestino contestó bromeando:

—Lo ví esta misma semana.

Ella palideció.

—¿Dices verdad?

—La verdad te digo.

—¿No mientes, no me engañas?

El marinero extendió el brazo:

—Te lo juro por el nombre de Dios.

—¿Podrías decirme si Celestino Duclós va en ese bergantín?

Sorprendido,

Sorprendido, inquieto, antes de contestar quiso enterarse:

—¿Tú le conoces

A su vez, ella se mostró desconfiada.

—Yo no: pero una mujer, amiga mía, le conoce.

—¿Una mujer de esta casa?

—No, de cerca.

—¿De esta calle?

—No, de la otra.

—¿Qué clase de mujer es esa?

—Una mujer, como todas... Una mujer como yo.

—¿Qué le quiere? ¿De qué le conoce?

—¿Lo sé yo acaso? ¿Qué me importa?

Se miraron fijamente, ansiosos de sorprender sus mútuos pensamientos, adivinando que alguna cosa grave surgiría entre los dos.

El repuso:

—Dime, ¿puedo verla

—¿Qué

—¿Qué le dirías?

—Le diría... le diría... que hace poco he visto á Celestino Duclós.

—¿Y está bueno?

—Como tú y como yo.

Ella quedó silenciosa un rato, como si ordenara sus ideas; luego dijo lentamente:

—¿A dónde iba *Nuestra Señora de los Vientos*?

—Aquí; á Marsella.

La moza no pudo reprimir un estremecimiento.

—¿Verdad?

—¡Verdad!

—¿Tú conoces á Duclós?

—Le conozco.

Ella vacilaba; luego dijo dulcemente:

—Bien; está bien.

—¿Qué le quieres?

—Cuando le veas, dile... ¡No le digas nada!

Celestino

Celestino la miraba turbado y ansioso, deseando averiguar.

—¿Pero tú le conoces?

—No.

—Entonces, ¿por qué preguntas tanto?

La moza tomó bruscamente una resolución, y levantándose, corrió hacia el mostrador donde estaba el ama, cogió un limón, oprimió su jugo en un vaso que llenó luego de agua, y llevándoselo á Celestino, le dijo:

—Bebe.

—¿Para qué?

—Para hacer pasar el vino. Luego te hablaré.

El marinero bebió, y secándose los labios con el reverso de la mano, dijo:

—Ya te escucho.

—Prométeme antes no descubrir que me has visto, ni cómo supiste lo que voy á contarte. Júralo.

Celestino

Celestino tendió el brazo y juró.

—Pues bien; tú le dirás que su padre ha muerto; que su madre ha muerto; que su hermano ha muerto; los tres de la fiebre tifoidea, en Diciembre de 1882; hace cuatro años.

El marinero sintió que se le helaba la sangre, y estuvo de tal modo trastornado un momento, que no sabía qué contestar. Luego, sin atreverse á creer lo que oía, preguntó:

—¿Estás bien segura de que todo es verdad?

—No lo dudes.

—¿Y á tí, quién te lo ha dicho?

La moza le puso las manos en los hombros, y mirándole fijamente, murmuró:

—Júrame que guardarás el secreto.

—Te lo juro.

—Soy su hermana.

De

De los labios del marinero, en un grito de angustia, escapó este nombre:

—¡Francisca!

Ella clavó los ojos en él con más fijeza, estremecida por un espanto, por un horror profundo, y balbuceó:

—¿Eres tú, Celestino?

Quedaron inmóviles y callados los dos. El ruido de los vasos, de los palmoteos, de los talones llevando el compás, y los gritos agudos de las mujeres, se confundían con las voces y los cánticos.

Celestino sintió á su hermana sobre su pecho, abrazándose á él, calenturienta y horrorizada. Entonces, apagando la voz para que nadie le oyera: tan bajo que apenas ella le oyó, dijo:

—¡Qué desgracia! ¡Lo que hicimos!

Ella, con los ojos llenos de lágrimas, preguntó:

—¿Acaso es mía la culpa?

Pero

Pero él, interrumpiéndola, dijo:

—¿Todos han muerto?

—Sí. Todos.

—¿El padre, la madre y el hermano?

—Los tres, en pocos días. Yo quedé sola, debiendo las medicinas, el entierro, que pagué con los muebles de la casa; y me fui á servir al señor Cacheux, el cojo. Yo tenía entonces quince años y cometí una falta con el señor Cacheux. Después entré á servir en casa de un notario que también abusó de mí, llevándome luego al Havre, donde me alquiló un cuarto. Al poco tiempo dejó de ir á verme. Pasé tres días sin comer; busqué trabajo, inutilmente; y al fin, me decidí á entrar en una casa; como tantas otras. Me han hecho recorrer muchas poblaciones, todas muy sucias. Roan, Evreux, Lille, Bordeaux, Perpignan, Niza y Marsella.

Caían de sus ojos abundantes lágrimas, que

que surcando sus mejillas y su nariz, llegaban á su boca.

Luego, prosiguió:

—Creí que también habías muerto, ¡mi pobre Celestino!

El marinero dijo:

—No era posible que yo te reconociera. Te dejé niña, y te veo ahora tan desarrollada. Pero tú ¿cómo no me reconociste?

La moza, exclamó desesperada:

—¡Veo tantos hombres, que todos me parecen iguales!

El seguía mirándola fijamente, dominado por una emoción confusa y tan violenta, que á punto estaba de gritar como un chiquillo á quien le pegan. La tenía entre sus brazos, sobre sus rodillas, con las manos abiertas sobre la espalda carnosa de Francisca; y á fuerza de mirarla, reconoció al fin á la hermana menor que había dejado en su pueblo rodeada de todos aquellos

aquellos que morían poco después mientras él cruzaba los mares. Entonces, cogiendo entre sus duras manos de hombre de mar aquella cabeza tan querida, se puso á besarla con besos fraternales. Luego subieron á su garganta sollozos tristes y largos, que parecían el hipo de la embriaguez.

Y balbuceaba:

—Eres tú, eres tú; ya te reconozco, Francisca, mi querida Francisca...

De pronto, se levantó renegando con voz formidable y golpeando la mesa de tal modo con el puño, que todos los vasos cayeron, rompiéndose. Avanzó unos pasos, vacilante, y extendiendo los brazos cayó de cara al suelo. Se revolcaba, golpeando los ladrillos con pies y manos, y gimiendo como un agonizante.

Sus camaradas le miraban riendo.

—Está borracho; ya le pasará —dijo uno.

—Acostémosle

DESEMBARCO DE LASCIVIA

—Acostémosle—dijo otro.—No debe ir á bordo en tal estado.

Y como aun tenía dinero en el bolsillo, lo cual aseguraba que al día siguiente no se iría sin pagar, la dueña del establecimiento le ofreció una cama, y sus compañeros le llevaron en hombros hasta la alcoba de Francisca, donde los dos hermanos acabaron de pasar la noche llorando amargamente.

Especulaciones amorosas.

I

- ¿Qué se hizo Leremy?
- Es capitán en el sexto de dragones.
- ¿Y Puisón?
- Suprefecto.
- ¿Y Racollét?
- Murió.

Buscábamos otros nombres que nos recordaran á los compañeros de nuestra juventud, que no habíamos visto en muchos años.

A otros los encontrábamos con frecuencia,